



EL LLAMAMIENTO DE DIOS

1ª Ponencia del X EFCSM 2015

D. Juan Sara, Comunidad de San Juan

© 2015. Fundación Maior

Con el ánimo de facilitar la difusión de los contenidos del Encuentro se permite la reproducción total o parcial de los textos de la presente publicación con tres condiciones:

- Citación de procedencia.
- Aviso previo a la Fundación Maior, que permita autorizar la reproducción.
- Exclusión de todo fin de lucro.

VOCACIÓN, ORIGEN DE LA VIDA CONSAGRADA

El título de mi ponencia es el mismo que el título del nuevo libro que hoy presentamos: "Vocación, origen de la vida consagrada". En un sentido amplio y católico, es el Papa Francisco quien nos convoca dedicando este año a la Vida Consagrada. En un sentido particular e igualmente católico, la Fundación Maior nos convoca hoy a esta Jornada titulada "Dejándolo todo, le siguieron", que está dedicada a la enseñanza de Hans Urs von Balthasar sobre la vida consagrada y la vida cristiana.

Por tanto, mi intención es exponer algunos puntos centrarles de la enseñanza del magisterio reciente sobre la vida consagrada y, en un segundo momento, presentar algunos aspectos de la enseñanza de Hans Urs von Balthasar sobre el mismo tema, en especial según su artículo "Vocación", el sexto y último escrito del nuevo librito.

I. Algunos aspectos acerca de la vocación y la vida consagrada en el magisterio reciente de la Iglesia

La Carta apostólica del Papa Francisco a todos los consagrados, convoca a un Año de la Vida consagrada, con motivo del quincuagésimo aniversario de la Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia, que en su capítulo sexto trata de los religiosos, así como del Decreto conciliar *Perfectae Caritatis* sobre la renovación de la vida religiosa.

El Papa Francisco llama a los consagrados, en primer lugar, a sentir y dar testimonio de la alegría de ser cristianos, de la "perfecta alegría" como él la llama. "En las dificultades, en las noches del espíritu, la decepción, en la enfermedad, en la pérdida de fuerzas..." precisamente allí deberíamos encontrar la "perfecta alegría", es decir, aprender a reconocer "el rostro de Cristo, que se hizo en todo semejante a nosotros, y sentir por tanto la alegría de sabernos semejantes a Él, que no ha rehusado someterse a la cruz por amor nuestro" (Carta apostólica, II, 1).

La carta del Papa Francisco inicia con la conclusión de la "Exhortación apostólica postsinodal: *Vita Consecrata*" del Santo Padre Juan Pablo II de 1996. Se trata del párrafo 110, titulado: "Mirando al futuro", donde amos papas nos dice que los consagrados no sólo tienen un pasado glorioso que recordar sino también un gran futuro que construir, de modo que ellos han de poner sus "ojos en el futuro, hacia el que el Espíritu nos impulsa para que Él pueda seguir haciendo con nosotros grandes cosas".

Y al final de su carta, el Papa Francisco, dirigiéndose en especial a sus hermanos en el episcopado, nos expresa su deseo: "Que este Año sea una oportunidad para acoger cordialmente y con alegría la vida consagrada como un capital espiritual para el bien de todo el Cuerpo de Cristo (cf. *Lumen Gentium* 43), y no sólo de las familias religiosas. «La vida consagrada es un don para la Iglesia, nace en la Iglesia, crece en la Iglesia, está totalmente orientada a la Iglesia». De aquí que, como don a la Iglesia, no es una realidad aislada o marginal, sino que pertenece íntimamente a ella, está en el corazón de la Iglesia como elemento decisivo de su misión, porque expresa la naturaleza íntima de la vocación cristiana y la tensión de toda la Iglesia Esposa hacia la unión con el único Esposo; por tanto, «pertenece sin discusión a su vida y su santidad (*Lumen Gentium* 44)" (Carta apostólica, III, 5).

Esto mismo nos dice Juan Pablo II en el párrafo tercero de su Exhortación apostólica: *Vita Consecrata*, citando también *Lumen Gentium* 44": la vida consagrada es un "don dado a la Iglesia. En realidad, la vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia como elemento decisivo para su misión, porque «indica la naturaleza íntima de la vocación cristiana» y la aspiración de toda la Iglesia Esposa hacia la unión con el único Esposo (LG 44)".

Lumen Gentium 44 nos dice que el cristiano por medio de la profesión de los consejos evangélicos

puede traer un fruto copioso de la gracia bautismal, consagrándose más íntimamente al servicio de Dios. Así, su consagración será tanto más perfecta cuanto represente mejor a Cristo unido con vínculo insoluble a su Iglesia.

Esta unión con Cristo es justamente lo que constituye el "Misterio de la Iglesia", que es el tema del primer capítulo de *Lumen Gentium*, lo cual nos hace pasar en nuestro recorrido del capítulo sexto dedicado a los religiosos al capítulo primero dedicado al "misterio de la Iglesia".

"Cristo es la luz de los pueblos". Esta luz resplandece sobre el rostro de la Iglesia. Y la Iglesia anunciándola a todos los hombres y a todas las criaturas (Mc 16,15) se la devuelve al Hijo y en Él al Padre. Así ella es en Cristo. Así ella es "como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano". Y así ella cumple su "deber": "que todos los hombres consigan la plena unidad en Cristo" (*Lumen Gentium* 1).

De estos textos sacamos dos puntos esenciales para nuestro tema:

1. La unidad con Cristo es el misterio de la Iglesia. La Iglesia recibiendo y donando la luz de Cristo a los hombres y a Dios, no sólo celebra y distribuye los siete sacramentos, sino que es ella misma "como un sacramento" siendo signo e instrumento de unidad íntima con Dios y con todo el género humano. La vida consagrada tiene su lugar en ese misterio, del cual surgen los sacramentos, por eso ella misma no es un octavo sacramento.

2. La vida consagrada se nos presenta siempre por medio de un comparativo: como un unirse más íntimamente a Cristo, un estar en el corazón, un indicar o expresar de un modo especial la aspiración o la tensión de toda la Iglesia a unirse a Cristo. La vida consagrada es el modo particular de esa unión a Cristo que la Iglesia en general tiene como su ser y su deber: la vida consagrada es el particular intenso e inmediato de lo general estable y sereno.

Estos dos puntos forman el primer pilar del puente que nos va a llevar a la "enseñanza de Balthasar". En efecto, según él la vida consagrada no necesita otra forma de vida que la que la Iglesia tiene en su núcleo mariano, que es la imagen vicaria real del "luz de luz" originario.

Ahora, quisiera dar otro breve recorrido en la enseñanza magisterial para indicar el segundo pilar del puente. *Gaudium et Spes* 22 nos dice que: "En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentren en Cristo su fuente y su corona" (cursivas nuestras). Cristo es fuente y corona de toda verdad porque es el centro, el medio de todas las cosas, siendo en el centro del Padre.

Él, en lo que ha vivido y nos ha enseñado, es origen o fuente de la vida consagrada: "La prosecución de la caridad perfecta en el camino de los consejos evangélicos tiene su origen [su fuente] en la doctrina y en los ejemplos del Divino Maestro" (*Perfectae Caritatis* 1).

Él nos ha dado para vivir lo que Él mismo ha vivido; o, para decir lo mismo en otras palabras, no ha pedido de nosotros nada que Él mismo no haya vivido primero (san Ireneo). Viviendo la vida de Cristo, el hombre se transforma en obra de arte de Dios y, así, glorifica a Dios. De la misma manera, el Dios artista se glorifica en su obra, en el hombre que madura en paciencia, que no se endurece, que ofrece al Señor un corazón húmedo y dócil para que Él deje las huellas de sus manos. Dios y hombre se dan mutuamente lo que tienen, y así se glorifican mutuamente: "Cuanto más amamos a Dios, más gloria recibimos de Él": esto significa permanecer en presencia del Padre (*Adversus Haereses* 2, 181). Éste es el fin de la creación, de toda vida cristiana y de la vida consagrada en particular. La esencia de la vida consagrada es vivir la forma de vida del Hijo en la tierra: su origen y fuente es la misma vida de Cristo.

Su vida es origen y es también "corona" o fin o sentido de toda verdad. Quisiera dejar ahora la palabra al querido Juan Pablo II para que él -en las palabras de su Exhortación apostólica: *Vita Consecrata* (104)- nos hable del fin o sentido de la vida consagrada:

"No son pocos los que hoy se preguntan con perplejidad: ¿Para qué (fin) sirve la vida consagrada? ¿Por qué (sentido) abrazar este género de vida cuando hay tantas necesidades en el campo de la caridad y de la misma evangelización a las que se pueden responder también sin asumir los compromisos peculiares de la vida consagrada? ¿No representa quizás la vida consagrada una especie de « despilfarro » [*Verschwendung* en alemán] de energías humanas que serían, según un criterio de eficiencia, mejor utilizadas en bienes más provechosos para la humanidad y la Iglesia?

Estas preguntas son más frecuentes en nuestro tiempo, avivadas por una cultura utilitarista y tecnocrática, que tiende a valorar la importancia de las cosas y de las mismas personas en relación con su «funcionalidad» inmediata. Pero interrogantes semejantes han existido siempre, como demuestra elocuentemente el episodio evangélico de la unción de Betania: «María, tomando una libra de perfume de nardo puro, precioso, muy caro, ungió los pies de Jesús y los secó con sus cabellos. Y la casa se llenó del olor del perfume» (Jn 12, 3). A Judas, que con el pretexto de la necesidad de los pobres se lamentaba de tanto derroche [*Verschwendung*], Jesús le responde: «Déjala» (Jn 12, 7). Esta es la respuesta siempre válida a la pregunta que tantos, aun de buena fe, se plantean sobre la actualidad de la vida consagrada: ¿No se podría dedicar la propia existencia de manera más eficiente y racional para mejorar la sociedad? He aquí la respuesta de Jesús: «Déjala».

A quien se le concede el don inestimable de seguir más de cerca al Señor Jesús, resulta obvio que Él puede y debe ser amado con corazón indiviso, que se puede entregar a Él toda la vida, y no sólo algunos gestos, momentos o ciertas actividades. El ungüento precioso derramado como puro acto de amor, más allá de cualquier consideración «utilitarista», es signo de una *sobreabundancia de gratuidad*, tal como se manifiesta en una vida gastada en amar y servir al Señor, para dedicarse a su persona y a su Cuerpo místico. De esta vida «derramada» sin escatimar nada se difunde el aroma que llena toda la casa. La casa de Dios, la Iglesia, hoy como ayer, está adornada y embellecida por la presencia de la vida consagrada. Lo que a los ojos de los hombres puede parecer un despilfarro [*Verschwendung*], para la persona seducida en el secreto de su corazón por la belleza y la bondad del Señor es una respuesta obvia de amor, exultante de gratitud por haber sido admitida de manera totalmente particular al conocimiento del Hijo y a la participación en su misión divina en el mundo".

Luego, Juan Pablo II cierra su Exhortación con una oración a la Santa Trinidad (111: "Trinidad Santísima, beata y beatificante, haz dichosos [alegres, diría el Papa Francisco] a tus hijos e hijas que has llamado a confesar la grandeza de tu amor, de tu bondad misericordiosa y de tu belleza") y con una invocación a María (112). Jesús como Hijo encarnado del Padre y María como Madre virginal de Dios son los fundadores de la vida consagrada.

Así se ha manifestado el segundo pilar de las enseñanzas del Magisterio que nos abren de un modo especial al segundo momento de nuestra ponencia:

II. La enseñanza de Hans Urs von Balthasar sobre la vida consagrada

Las palabras de Juan Pablo II sobre el fin o sentido de la vida consagrada nos introducen en el corazón de la enseñanza de Hans Urs Balthasar. El librito que hoy presentamos antepone a los seis artículos del autor unas palabras de Adrienne von Speyr (de su libro: *Ellos siguieron su llamada*) sobre la llamada de Dios que tocan una nota esencial que resuena a través de todos ellos:

"Que el Hijo de Dios se hizo hombre, pequeño y desnudo y desamparado, que vivió entre nosotros como uno entre innumerables: este hecho era ya la forma más plena y extrema de la llamada de Dios. Él descendió tan hondo, se inclinó tan humildemente, para mostrar cuán grandes son las intenciones del corazón de Dios, para exponer cuán necesaria es la respuesta a sus deseos, cuán poco quisiera quedarse solo. Él ha llevado solo todas las cosas, también la cruz, en soledad. Pero su estar solo y su estar abandonado testimonian de un modo aún más claro y sonoro su llamada. Ambos estados son

una expresión de su amor dirigido a los hombres. No sólo del amor que lleva y sostiene, también del amor que requiere y necesita. No sólo del amor que se prodiga, también del amor que sin la liberalidad [*Verschwendung*: despilfarro, derroche, exceso] de los demás no puede ser".

"Vocación" es un escrito pastoral, una contribución a una obra colectiva: "Sobre la pastoral de las vocaciones", que fue publicada en 1966 por el «Servicio para las vocaciones de la diócesis de Friburgo, Alemania», con ocasión de la «Jornada mundial de oración por las vocaciones». Este escrito es como tal una llamada, y una llamada de atención a la urgencia e importancia del cuidado y la promoción de las vocaciones a la vida consagrada. Este artículo se ubica, por tanto, al final del libro, en cuanto recapitula a los demás y abre a la tarea de trabajar por la vocación, "mirando al futuro" como quería Juan Pablo II en su *Vita Consecrata* y como quiere Francisco en su carta apostólica.

Ante la pregunta "¿Quién es la Iglesia?", título de un artículo de uno de sus libros: "Sponsa Verbi", Balthasar nos da una respuesta breve y central: La iglesia es la unidad de todos los convocados (vox, vocatio, vocare --kleo, klêsis, ekklêsia, kalós), reunidos y formados por el sí de María, un sí inmaculado, y por tanto ilimitado y, por gracia, cristiforme. La Iglesia es la unidad de todos los que -en ese sí- están listos, prontos, preparados (*bereit: reiten*, preparados para el camino: "puesto ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte, gran señor, ésta te escribo", como escribía Cervantes antes de su muerte) a dejar que la voluntad salvífica de Dios se haga en ellos y en favor de todos los hermanos.

Así emerge el trasfondo del artículo "Vocación", compuesto por ocho capítulos, los cuales van profundizando el tema hasta que en su octavo capítulo nos abre a la tarea urgente de la Iglesia de promover hoy la vocación particular a la vida consagrada.

El texto inicia diciendo que en un determinado momento en la vida de la Iglesia un concepto cristiano fundamental recibe una nueva luz que lo ilumina de un modo nuevo. Esto ha sucedido, por ejemplo, con la pobreza gracias a san Francisco de Asís. Y lo mismo ha sucedido con la vocación gracias a san Ignacio de Loyola y su tiempo.

Las luces y sombras de la historia de la Iglesia en la Edad Moderna dan a luz un sentido de la vocación que regresa a la comprensión bíblicamente conclusiva de San Pablo y San Juan y nos abre misionalmente hacia el futuro, nos hace poner los ojos en el futuro ¹.

En los siglos posteriores a santo Tomás de Aquino se forma una sensibilidad especial para la libertad de Dios. Aquí es donde se produce un "contra-punto" entre Lutero y San Ignacio. "Frente a la «palabra» (bíblica) como realidad de la revelación de Dios propia de la Reforma, *Ignacio de Loyola* pondrá la venida de la salvación de Dios en la carne por completo bajo el concepto de «llamada». Para iluminar esencialmente el corazón del Evangelio, San Ignacio (en *Ejercicios* 91 ss.) antepone a todas las contemplaciones de la vida de Jesús una parábola: «El llamamiento del rey temporal ayuda a contemplar la vida del rey eterno» (llamada de un rey a sus súbditos para ir con él al campo de batalla contra los infieles), y a partir de esta parábola, en un *crescendo* que va empleando palabras centrales del Nuevo Testamento, es iluminada la misión de Cristo". En palabras de San Ignacio: «Si tal vocación [o llamada] consideramos del rey temporal a sus súbditos, cuánto es cosa más digna de consideración ver a Cristo nuestro Señor, rey eterno, y delante de Él todo el universo mundo, al cual y a cada uno en particular

¹ Para nuestro tema, el dato positivo de los albores de la Modernidad es la nueva sensibilidad para la libertad de Dios y del hombre, una conciencia más universal, una solidaridad con todo el género humano. Las sombras son (1) el cisma de la Reforma protestante. Lutero niega el principio de unidad visible: el Papa y Roma, y el principio de unidad interior e inmaculado. Así cae el estado consagrado en su totalidad que pasa a ser "una religión de la auto-redención por medio de obras meritorias" (Vocación, p. 121-122); sobre la oposición dialéctica entre fe y obras en Lutero, cf. su obra: *La libertad del hombre cristiano* -1520-, obra que ha influenciado incluso a su futura mujer a dejar la vida consagrada, en la que había hecho sus primeros votos con 16 años, y casarse con el también ex-monje Lutero. Otra sombra que oscurece la realización de la vida consagrada es (2) la irrupción de la ciencia empírica que no busca el sentido ni el fin de las cosas, dejado a la metafísica y a su estudio de las formas que produce magia; en especial, la causa final es considerada "estéril y, como una virgen consagrada a Dios, no pare nada": Francis Bacon, *De dignitate et augmentis [progreso!] scientiarum* III, 5. Sólo queda la *res extensa* simplemente material y la *res cogitans* simplemente subjetiva, entre ser y pensar no entra la vida con su movimiento teleológico; cf. sobre este tema Robert Spaemann, *Schritte über uns hinaus*, I-II, Klett-Cotta, 2010, Stuttgart. Cf. también Comte: en el tiempo de las ciencias no se pregunta por el sentido, ni por el fin de las cosas; la ciencia ha de servir a la técnica, a lo factible.

llama y dice: Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por tanto, quien quisiere venir conmigo, ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria» (*Ejercicios* 95). "Aquí se ha de notar: 1. que el Evangelio es comprendido como «proclamación» de una acción aún por ocurrir; 2. que aquí no se habla de la Iglesia, sino por un lado del «universo mundo» y, por otro, de «cada uno», de modo que la realidad «llamada y vocación» viene a estar de algún modo *antes* de la Iglesia constituida; 3. que por consiguiente, el que escucha y responde a esta llamada (muy al contrario de la escucha de la palabra según Lutero, para quien se tiene que escuchar y dar fe a la justificación ya acontecida) es invitado a participar en el acontecimiento mismo de la redención".

Y para quien participa en el acontecimiento de la redención, estando junto con el Rey dispuesto a entrar en la lucha, se le ilumina el sentido fundamental de la vocación bíblica: "la vocación de «cada uno» tiene lugar en vista de todo el universo mundo, porque la voluntad del Rey es «conquistar [salvar] todo el mundo y todos los enemigos y así» —mediante la cruz, el descenso a los infiernos y la resurrección— «entrar en la gloria de mi Padre»" (*Vocación*, pp. 110-112).

En sentido bíblico, quien es llamado no es elegido primeramente por causa de su sí mismo, sino por causa de los no llamados. Israel es llamado *en favor de* los paganos. La Iglesia es llamada (klêsis, ekklêsia, kaleo, kalós--llamada, ecclesia como grupo de los convocados, llamar, belleza) *en favor del* universo mundo. Todo individuo en la Iglesia es llamado *en favor de* los -por el momento- no-llamados. "Esto es verdad, real y esencialmente, para Jesucristo, quien es predestinado y así, llamado (Rm 1,4) por Dios a morir y resucitar en representación vicaria por todos los rechazados". Cristo es la fuente y la corona. "Pero, ahora, lo decisivo: como Cristo es persona para devenir función, así toda vocación bíblica es primordialmente personal para, a partir de un sí personal a Dios, poder ser utilizada funcionalmente". En esta llamada a donarse junto con Cristo en favor de los demás surge la Iglesia: "La Iglesia es el Cristo que se dona eucarísticamente... Israel se establece en el espacio de la fe de Abraham. El ministerio eclesial se edifica sobre la roca de la fe de Pedro... El sí ilimitado de María es la realidad personal a partir de la cual se construye la realidad social de la Iglesia como Esposa. Sobre el fundamento de los apóstoles y profetas crece el edificio que forman los creyentes". Cristo llamando a quien quiere recrea el acto de donación por el que crea la Iglesia: "El acontecimiento originario de la vocación -ese encuentro que el "llamamiento" ignaciano puso en palabras- se da allí donde la Iglesia está en devenir, está naciendo de Cristo, en devenir no como institución cerrada, sino como función abierta de la redención de todo el "universo mundo" (*Vocación*, pp. 112-115).

Como el Rey eternal sólo puede corresponder a la voluntad de su Padre con un sí ilimitado, así quien es llamado por el Rey eternal a participar en su redención sólo puede corresponderle con una "disponibilidad ilimitada" como "unidad de fe, esperanza y caridad", como seno femenino, mariano, eclesial en el que Dios puede hundir la semilla de su Palabra y de su tarea misional, y así ser fecundo en el sentido cristiano: "Si el Hijo es enviado para salvar a «todo el universo mundo», entonces a este fin ilimitado Él nunca corresponde con un sí limitado, sino tan sólo con su disponibilidad a dejarse enviar y conducir por el Padre, más allá de su voluntad humana, a las tinieblas últimas del pecado, del abandono de Dios y del infierno. Toda la fecundidad de su acción y de su pasión estaba comprendida en el carácter infinito de su obediencia. En correspondencia con esto, ningún llamado por Jesús tiene la menor posibilidad de ser fecundo en su servicio al Reino de Dios a menos que toda su acción y pasión finitas emanen de una infinita disposición para donarse". (*Vocación*, p. 116). Esto es lo que Dios necesita para dar frutos en su Reino: una donación total e incondicional.

El ámbito de las vocaciones originarias es un ámbito primordial, radical, desde el cual la Iglesia - como comunidad y como institución- de hace, deviene en primera instancia. Como el pueblo de Israel deviene a partir de Abraham. Como la Iglesia deviene a partir de Jesús, María y los apóstoles. Por tanto, estas vocaciones al seguimiento cualificado, que se expresan luego en la modalidad del amor que renuncia a todo por amor (recapitulado bajo los consejos evangélicos), no es un lujo espiritual para

almas superiores, sino "la realidad fundamental de Jesucristo mismo -profundamente preparada en la realidad de Israel- que se comunica a aquellos "llamados" que junto con Jesucristo fundan la realidad de la Iglesia" (Vocación, pp. 119-121).

Cristo, comunicándose a sí mismo, crea el otro que lo recibe y le responde: la Iglesia. Cristo es *donándose, comunicándose* en su llamada. Este ser originada siempre actual de la Iglesia no se contrapone a su "relativa oposición" como "otro" de Cristo: "Cuerpo", "Esposa", "Pueblo" (cf. Vocación, "Una vida disponible para Dios", p. 74 ss.). Este originarse ha sucedido una vez y de un modo único (en María y en los apóstoles). Y de una manera análoga se repite cada vez y de modo permanente a lo largo de la historia de la Iglesia, en la que acontecen tanto su originarse actual como su organización visible e institucional (Vocación, pp. 133-134).

Cristo no sólo llama al que es llamado, sino que llama a partir de la llamada del que es llamado. De esta manera llama a todos, creciendo y haciendo crecer a su "cuerpo, la plenitud de Aquél que cumple todo en todo" (Ef 1, 23). Existe, pues, una *necesidad de Dios* en la promoción de las vocaciones y también una *necesidad de los jóvenes cristianos* que hoy "necesitan del modo más urgente ser guiados por personas experimentadas" en la vida y en la oración, por verdaderos hombres espirituales, "porque la atmósfera de la Iglesia está saturada de ideologías" (Vocación, p. 136). Dios y el hombre necesitan de modo urgente colaboradores, para que el "llamamiento del Rey" eterno encuentre una respuesta en sus hijos, como lo quería y por lo que trabajaba San Ignacio: "Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro fervor y ayuda, delante vuestra infinita bondad, y delante de vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi intención deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pesar todas las injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado" (*Ejercicios*, 98).

II. 1. La anunciación del Señor: origen de la Iglesia, de la revelación del misterio de la Trinidad y de toda vocación cristiana. María: Madre del Hijo.

En su artículo "Vocación, según el Nuevo Testamento" (Vocación, pp. 96-109), Balthasar localiza el inicio de la Iglesia en la vocación fundamental de los apóstoles que, al comienzo de la vida pública de Cristo, "dejándolo todo, le siguieron" como acto fundacional. Luego Balthasar se pregunta si no existe un inicio aún más originario en el corazón del misterio de la Iglesia (cf. *Lumen Gentium* 1). La respuesta, positiva, la encuentra meditando el texto de san Lucas sobre la Anunciación (Lc 1, 26-38).

El *analogatum princeps* de la vocación cristiana se da en "la llamada de la Anunciación del ángel Gabriel a María en la habitación de Nazaret, llamada que tiene por contenido la vocación completamente única de la Virgen desposada con José a ser Madre del «Hijo del Altísimo»... el sí que María como «esclava del Señor» da a esa llamada es un «dejarlo todo» y un «seguir» mucho más radical que el que podía llegar a ser cumplido por los discípulos. Aquí no damos tan sólo con un hecho original de llamamiento neotestamentario, sino que también se nos presenta de modo paradigmático la forma y el sentimiento interiores que son ejemplares para la recepción, la comprensión y la respuesta a una vocación".

Aquí se encuentra, también, la primera imagen plenamente realizada del "no querer estar solo" de Dios que ha generado al Hijo y junto con Él ha hecho proceder al Espíritu ("El que me envió está conmigo, no me ha dejado solo; porque Yo hago siempre lo que le agrada": Jn 8, 29). En este diálogo entre el ángel como representante de Dios y María se revela el misterio de la Trinidad. La vocación de María a ser Madre de Dios es el lugar y el tiempo oportuno para revelar el misterio de Dios como Padre, Hijo y Espíritu: "No por casualidad, el diálogo del ángel Gabriel con María sucede en tres fases que corresponden también al descubrimiento sucesivo del misterio de la Trinidad de Dios: primero del Padre, que es «contigo», la «llena de gracia»; después del Hijo, que ella ha de concebir y dar a luz;

finalmente del Espíritu que la cubre con su sombra para que pueda cumplirse este milagro".

María no se ofrece pasiva y resignada ante la presencia de Dios, sino que con su "disponibilidad activa" colabora, su humildad de "esclava" la hace capaz de ser parte del diálogo: primero siendo conmovida por el saludo, luego preguntándose qué signifique este saludo, por último pidiéndole que le aclaren cómo ha de comportarse para corresponderle correctamente.

Toda historia de vocación ha de pasar por estas tres fases: dejarse tocar y conmover, meditar en silencio esta presencia y dejar que Dios, sólo Dios, desate nudos insolubles y haga posible el camino: "Porque nada es imposible para Dios" (cf. Génesis 18, 13-14). Y así, concluir la llamada y entrar en la vocación con el "*Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*", entrando como ser finito de modo activo en la "forma Christi" para participar en la fecundidad de Su obra, es decir: para comprometerse en la batalla del Cordero (inmolado) por la salvación de todos los hombres (cf. *Ejercicios* 95 y 98).

II. 2. El Padre y el Hijo llaman en el Espíritu: el cristiano se hace hijo de Dios y con Él "aspira" su Espíritu.

Entrar en la vocación significa entrar en la "unidad entre el Padre y el Hijo". Si la vocación más originaria y constitutiva de la Iglesia co-revela el misterio de la Trinidad, entonces este misterio da forma, a su vez, a la vocación cristiana. No quisiéramos concluir esta ponencia sin aludir a dos aspectos de la enseñanza de P. Balthasar basándonos en otro de sus libros sobre el tema: "Estado de vida cristiano". Uno más general: justamente esa forma trinitaria de la vocación (pp. 332-333, en el original alemán), y otro más particular: María y Juan a los pies de la cruz como célula originaria de toda vida consagrada (pp. 233-235).

Escuchemos, una vez más, al autor: "Mis ovejas escuchan mi voz; yo las conozco y ellas me siguen. Yo les doy la vida eterna y no perecerán jamás, y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las ha dado, es más grande que todos, (es más poderoso que todo); y nadie puede arrebatar nada de la mano del Padre. Yo y el Padre somos uno' (Juan 10, 27-29). El que es llamado y dice sí a esa llamada del Hijo (que es el camino) entra en la unidad [Espíritu] entre el Padre y el Hijo. Pero las ovejas que el Hijo llama son ovejas del Padre, el Padre es quien se las regala al Hijo". El Padre llama y conduce al Hijo: 'Nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae...' (Juan 6, 44), '...nadie puede venir a mí si no se lo concede el Padre' (Juan 6, 65). Y el Hijo, llamando 'a sí a los que Él quiere' (Mc 3, 13), transmite la llamada del Padre. Él, en su libertad filial, siempre manifiesta la libre voluntad de elección del Padre. La voluntad del Hijo no es la voluntad de un rey que lleva adelante sus planes para su propia gloria, sino que quiere llevar a todos a "la gloria de mi Padre" (*Ejercicios* 95). La voluntad del Hijo es ella misma obediente, una voluntad que incorpora y cuida a todos los que el Padre le envía: 'Yo he cuidado en tu nombre a los que me habías dado y ninguno se ha perdido' (Juan 17, 12) y yendo a la pasión se los devuelve antes al Padre, para que el Padre los cuide durante el tiempo de la pasión: 'Ahora voy a Ti... No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del mal, del Maligno' (Juan 17, 13.15). "Y porque la acción de la redención es ella misma voluntad y tarea del Padre (2 Co 5, 19: 'Porque en Cristo Dios mismo estaba reconciliando al mundo consigo'), por eso el Hijo puede tomar consigo en la Gloria a los que le fueron confiados: 'Padre, los que Tú me has dado quiero que donde Yo esté, también estén conmigo, para que contemplen mi Gloria' (Juan 17, 24)".

El Padre es quien busca adoradores 'que adoren en Espíritu y en verdad' (Jn 4,34), y los busca para conducirlos al único adorador: el Hijo. "Así, la llamada viene del Padre y conduce a los llamados al Hijo, quien desde toda la eternidad es el llamado del Padre". Cuando el Hijo en el mundo llama a los elegidos, lo hace en su función de mensajero del Padre. "El Padre pone a los llamados en la unidad de la única y eterna llamada, en virtud de la única elección de amor del Padre por la que elige al Hijo. Esta elección es confirmada por el descenso de la paloma desde el Padre al Hijo, en cuyo descenso todo llamado recibe su misión".

Por su parte, cuando "el llamado, en el mismo Espíritu, intenta realizar la obra del Hijo en el mundo y en este camino recibe el soplo [el espirar-aspirar] del Espíritu y emprende el camino como enviado ('Mirad que Yo os envío como ovejas en medio de lobos. Sed pues prudentes como serpientes y sencillos como palomas': Mt 10, 16), entonces esa misión del Hijo, ese ser enviado por el Hijo *en el Espíritu Santo* es [el modo que Él tiene de hacer participar a los suyos en] el misterio del *filioque*, en el que el Hijo espira a su Espíritu de vuelta al Padre: 'Padre, en tus manos pongo mi Espíritu' (Lc 23, 46) y '«Todo está cumplido». E inclinando su cabeza entregó su Espíritu' (Juan 19, 30)".

El cristiano -por participación- puede estar siempre con el Hijo, contemplando su Gloria, "la claridad que me diste" (Jn 17, 24, también citado en este contexto por Juan de la Cruz) en la unidad del Espíritu Santo. Aquí tocamos el gran don de Juan de la Cruz (según Balthasar en Teodramática IV) que hablando en Dios nos dice: "que por participación en Nosotros [las Personas divinas] hagan [los cristianos que por participación están donde está Cristo] la misma obra que Yo [hago] por naturaleza, que es aspirar el Espíritu Santo" (Obras completas, BAC, p. 892). Lo que en Juan de la Cruz acontece en la cima de su camino místico, es decir, "que el alma aspire en Dios como Dios aspira en ella por modo participado", ese "toque" delicado maravillosamente expresado en su canción 39 del Cántico espiritual (B): "*El aspirar de el aire, / el canto de la dulce filomena, / el soto y su donaire / en la noche serena, / con llama que consume y no da pena*", esto mismo, según Balthasar como discípulo de san Ignacio, sucede también en el acto de realizar el amor en el camino misional de quien dice sí y cumple su llamada, viviendo en la *sequela* del Rey eternal, lo cual significa creer en Él, recibirle a Él, transformándonos en "hijos de Dios" (Jn 1,12). Por eso la pregunta llena de maravilla de Balthasar: "¿No es amor lo más íntimo de Dios, y por tanto no está el Espíritu [como realidad al mismo tiempo intimísima de Padre e Hijo y fruto de ese amor mutuo] presente en todas partes donde esta intimidad se está realizando?" (Credo, Freiburg 1996, p. 66 ss.). Lo más extraordinario y escatológico, el fin último: la presencia de la Vida divina, sucede ya en esta vida en la simplicidad del acto de amor auténtico: "Nosotros sabemos que hemos pasado [en tiempo pasado, ya ha acontecido] de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos; quien no ama, permanece en la muerte" (1 Jn 3, 14).

Y el amor más sutil, íntimo y ebrio de entusiasmo se da en el sobrio "dejarlo todo y seguirle", en el sí incondicional que sigue a su Rey eternal compartiendo su vida y su ser. Pues el camino del Hijo, pasando a través de lobos, internándose en las profundidades del abismo (Sir 24,5) y culminando en el ser abandonado por el Padre (Mt 27,46) es y permanece siempre el camino del Hijo hacia el Padre, el realizarse del ser (camino-verdad-vida) del Hijo en su vuelta al Padre: camino determinado por el Padre, realizado por el Hijo y conducido por el Espíritu: "Nadie me quita la vida, Yo la doy voluntariamente... ésta es la tarea que he recibido de mi Padre" Juan 10, 18.

II- 3. El cumplimiento de la misión del Hijo: origen de la vida consagrada. María: Madre de la Iglesia

"Mujer, he aquí a tu hijo' ... 'He aquí a tu Madre'" (Jn 19,26-27). En el momento de la entrega del Espíritu, el Señor dona uno a otro a los pies de la cruz a dos seres que le han seguido dejándolo todo. Su Madre (*ecce ancilla*) como *Mater dolorosa* se transforma en Esposa del Cordero y Madre de la Iglesia, co-realizando el sacrificio redentor del Hijo y siendo recibida por el "discípulo del amor" (Juan) que en su vocación cualificada particular nos representa a todos, realiza representativamente el ser cristiano general: en Juan están presentes junto a la cruz todos los cristianos y todos los apóstoles (cf. Jn 18, 8-9). En esa hora sobrenaturalmente nupcial nace la célula virginal de la Iglesia. Y por última vez y como aperitivo para la próxima edición en español de "Estado de vida cristiano", escuchemos al autor:

"Es [santa-] extremadamente necesario *que precisamente el discípulo del amor encuentre en la cruz a la Madre del Señor*, que precisamente él la reciba como propia de las manos del Señor, que esta comunidad sobrenatural, la célula originaria de toda vida consagrada, sea fundada en el momento de donarse definitivo del amor... El ministerio puede ser conferido antes y después [de la cruz]; no era necesario

que el protagonista del ministerio [Pedro] esté presente bajo la cruz... Pero el estado de la vida consagrada no podía ser fundado en ausencia de los que son llamados a formarlo [María y Juan]. Pues es sacerdocio subjetivo y como tal exige la co-realización de la pasión y el sí tanto a la cruz como a la nueva unión en la comunidad sobrenatural. Los miembros de las comunidades consagradas se unen y reúnen en la cruz y el Crucificado los da uno al otro en el amor - en un amor que puede ser participación en Su ser abandonado".

"El estado consagrado es fundado *con María*, no sólo bajo su patronato, sino siendo unida expresamente a la nueva comunidad. Ella no sólo participa en la forma de vida de la donación, sino que es allí depositada e implantada como el alma de esa forma. Ella consagra la forma del estado, dejando que su forma de vida se convierta en la forma de vida del estado consagrado; como el Señor da funcionalmente su sacrificio al sacerdocio. Y así ella conduce e introduce también a *la mujer por excelencia, a la mujer en general* en la forma del estado del sacerdocio interior de la Iglesia, [que es sacerdocio interior] porque sacrifica activamente [junto con su Señor]. Experimentando y viviendo la liturgia viva y personal bajo la cruz junto con las demás mujeres creyentes, en la que los discípulos - excepto uno- están ausentes y del que luego recibirán la forma funcional, María recibe un lugar para sí y para la mujer en general en el corazón de la vida eclesial".

"María, la co-fundadora del estado de vida consagrada está unida a Pedro por medio de Juan, el discípulo del amor, que une en su persona el sacerdocio ministerial y el sacerdocio subjetivo. Él une los dos puntos de la Iglesia que superan el mundo caído por la gracia y la garantía divinas [que ya ha pasado de la muerte a la vida]: la inmaculada y el infalible, el seno de la Iglesia de la cual procede y la piedra sobre la que reposa. Unida a la Iglesia por el estado consagrado, María -la que da luz, la que alumbra a la Iglesia [Ecclesia-tokos porque Theo-tokos] (Ap 12, 1-2, 17)- se transforma en un miembro de esta Iglesia. Elevado por el mismo estado consagrado [recibiendo el amor del Señor de parte del discípulo del amor para poder transformarse en el pastor de la Iglesia, cf. Jn 21, 15-23], Pedro, que recibe el sacerdocio exterior, es llevado a corresponder también con toda su persona..."

"Lo que Cristo ha cumplido durante su vida pública para formar la Iglesia se relaciona con lo Él que hace por ella en la cruz como la preparación de la materia a la donación de su forma viva interior, como la formación de Adán de la tierra al insuflarle su alma. La fundación del estado de la vida consagrada en la cruz no se opone, entonces, a la afirmación tradicional [Perfectae caritatis 1] que dice que el Señor funda ese estado durante su vida pública", sino que la conserva, la eleva y la lleva su plenitud: la cruz.